—Sí. Una de las ideas ejes del libro es que hay un México enterrado pero vivo. Mejor dicho: hay en los mexicanos, hombres y mujeres, un universo de imágenes, deseos e impulsos sepultados. Intenté una descripción —claro que fue insuficiente: apenas una ojeada— del mundo de represiones, inhibiciones, recuerdos, apetitos y sueños que ha sido y es México. El estudio de Freud sobre el monoteísmo judaico me impresionó mucho. Hablé antes de moral; ahora debo agregar otra palabra: terapéutica. La crítica moral es autorrevelación de lo que escondemos y, como lo enseña Freud, curación... relativa. En este sentido mi libro quiso ser un ensayo de crítica moral: descripción de una realidad escondida y que hace daño. La palabra crítica, en la edad actual, es inseparable del marxismo y yo sufrí la influencia del marxismo. Por esos años leí los estudios de Caillois y, un poco más tarde, los de Bataille y del maestro de ambos, Mauss, sobre la fiesta, el sacrificio, el don, el tiempo sagrado y el tiempo profano. Encontré inmediatamente ciertas analogías entre aquellas descripciones y mis experiencias cotidianas como mexicano. También me enseñaron mucho los filósofos alemanes que unos pocos años antes había dado a conocer en nuestra lengua Ortega y Gasset: la fenomenología, la filosofía de la cultura y la obra de historiadores y ensayistas como Dilthey y Simel.

Ya en esa época pensaba lo que pienso ahora: la historia es conocimiento que se sitúa entre la ciencia propiamente dicha y la poesía. El saber histórico no es cuantitativo ni el historiador puede descubrir leyes históricas. El historiador describe como el hombre de ciencia y tiene visiones como el poeta. Por eso Marx es un gran historiador (esa fue su verdadera vocación). También lo es Maquiavelo. La historia nos da una comprensión del pasado y, a veces, del presente. Más que un saber es una sabiduría. En fin, mi tentativa fue ver el carácter mexicano a través de la historia de México.

Con esto llegamos a una clave de El laberinto de la soledad, **es decir, la concepción de la historia que se desprende del libro. Es un libro anti-anecdótico. Usted rehúsa toda historia** événementielle, **todo determinismo histórico, y trata de determinar lo que ciertos historiadores franceses actuales llaman "intra-historia". Para confirmar esta orientación, se puede citar una de las primeras frases de** Posdata: **"El mexicano no está en la historia, es la historia".**

¿Puede usted explicar sobre el particular?

—El español tiene una ventaja un poco desleal sobre el francés: tenemos estar y ser. "Estar en la historia" significa estar rodeado por las circunstancias históricas; "ser la historia" significa que uno mismo es las circunstancias históricas, que uno mismo es cambiante. Es decir, que el hombre no solamente es un objeto o un sujeto de la historia, sino que él mismo es la historia, él es los cambios. Uno de los llamados factores históricos que operan sobre él es... él mismo. Hay una continua interacción. A mí me parece que la expresión "intra-historia" —¿no fueron los españoles los primeros en usarla: Unamuno o Américo Castro?— es más adecuada que otra expresión que ustedes emplean, "historia de las mentalidades". Porque las mentalidades, al menos para una persona de lengua española, son algo externo: tienen que ver con la mente y con las ideas. Yo creo que la historia auténtica de una sociedad tiene que ver no sólo con las ideas explícitas sino sobre todo con las creencias implícitas. Ortega y Gasset distinguía, me parece que con bastante razón, dos dominios: el de las ideas y el de las creencias. Las creencias viven en capas más profundas del alma y por eso cambian mucho menos que las ideas. Por ejemplo, todos sabemos que la Edad Media fue tomista, el siglo XVII cartesiano y que ahora mucha gente es marxista. Sin embargo, en Londres, en Moscú y en París, la gente sigue leyendo tratados de astrología que tienen sus orígenes en Babilonia, o acuden a prácticas mágicas del neolítico. Lo que me interesó en el caso de México, fue a rastrear ciertas creencias enterradas.

Todo esto nos lleva a otra noción esencial, la del mito. ¿Puede concebirse El laberinto de la soledad **como un "décryptage" de los mitos mexicanos?**

—Sí, esa fue mi intención. En esto hay que recordar lo que Lévi-Strauss ha dicho: todo desciframiento de un mito es otro mito. Los cuatro volúmenes de **Le cru et I cuit** son un tratado de mitología sudamericana y, también, son otro mito. Un mito en otro lenguaje. Yo creo que **El laberinto de la soledad** fue una tentativa por describir y comprender ciertos mitos; al mismo tiempo, en la medida en que es una obra de literatura, se ha convertido a su vez en otro mito.

JOSE ALVARADO

IMAGEN DEL REPORTERO

El reportero está frente a la sustancia de una novela prodigiosa. La vida cobra todas las formas posibles, movida por apetitos, voluntades, amores y sueños. Los hombres pueblan un escenario inmenso, donde la pasión y el júbilo el hambre, la satisfacción, el odio y la concordia tejen un drama abigarrado y multicolor. Músicas y sospechas, silencios y creencias, hipótesis e ideas, llantos y rumores, oraciones y blasfemias, todo sucede bajo la calma de una existencia con apariencia armoniosa o entre la tormenta.

¿Cuántas vidas pasan ante los ojos? La del rencoroso y la del sabio, el gesto del conspirador, la voz del poeta, el rictus del desesperado , la mano del artista, la pupila turbia del homicida, la figura del vanidoso, el perfil del sediento , el ceño del poderoso, la sonrisa del triunfador, la amargura del vencido. . . Efímeras fragancias de vírgenes de moda, glorias en ruina, bellezas perdurables, lujos agonizantes y colores difuntos.

Muere el mundo al apagarse la última lámpara de la noche y nace de nuevo, a la mañana siguiente, con el olor a tinta nueva en la joven noticia. Y todo ello, cada tarde, debe llevarse a la cuartilla desnuda con palabras nítidas. En cada párrafo hay un destello del vivir cotidiano y un reflejo del universo fugitivo.

Ardua, pero bella, fascinante, la tarea del reportero. Quien lo ha sido una vez, no dejará de serlo nunca. Se trabaja a veces, al filo de la madrugada, en los rincones más sombríos de la noche, en medio de la luz de mediodía o en la hora violácea del crepúsculo. El mundo ofrece así todos sus aspectos, el hombre todos los escondrijos del alma. El reportero transforma en tinta todos los jugos de la vida, da aliento a los números e infunde espíritu a las palabras.

Todos los días deja sobre el papel fragmentos de historia y, en muchas ocasiones, una palabra escrita hace percibir todos los ruidos del orbe. La geografía acaricia las páginas del destacado en misión lejana, la política deja oir su conjuro cuando un corresponsal trasmite una noticia y la poesía, en ocasiones estremece una frase.

Con el negro de su tinta, el reportero debe pintar todos los colores sobre el planeta y más todavía: los colores no pintados jamás, ni nunca vistos. El color de una catástrofe o el de una apoteosis,

el de un Domingo de Ramos o el de un Viernes de Soledad. Y del rumor de la redacción ha de traducir, en la cuartilla, himnos o elegías, andantes o scherzos.

Se sabe de reporteros románticos y reporteros analíticos, más no se conocen los reporteros tristes, ni hay reporteros fundamentalmente escépticos. Todo reportero de verdad aspira alegría en los olores de las cosas y cree en la armonía de los seres. Todos los objetos poseen brillo ante sus ojos y en cada hecho se adivina un mensaje y un sentido. Todo se torna inteligible y conduce a la emoción. No existen los reporteros ciegos, ni los reporteros sordos.

Cuando un reportero envejece, la nobleza desciende sobre su frente y asoma en sus ojos, reunida a una suave ironía. Ya conoce la edad de todas las glorias y el tránsito de todas las soberbias. Ha visto actos marchitos y hechos desvanecidos en el tiempo. Es testigo de historias muertas y fábulas desechas. Un reportero viejo ha apurado sutilmente la sabiduría.

En México, los viejos reporteros han oído crecer el país. Lo conocieron ingenuo y provinciano, embriagado por ilusorias músicas, sintieron caer un castillo ficticio, bajo los golpes revolucionarios; ante sus ojos ardió, todo entero, el mapa de Porfirio Díaz. Se fueron, tocados con chistera, los científicos y vinieron los carrancistas, envueltos en cananas. Se atropellaron las noticias.

En las cuartillas escritas por esos reporteros quedó la lumbre, toda la sangre y toda la pólvora de la revolución y está el testimonio de la violencia y la transormación. Quien pretende explicarse a México, ha de ir a esas páginas, amarillas ya, en busca de las señas vivas.

Pero los viejos reporteros no han dejado su alma envejecer del todo. Conservan en el fondo de ella una sonrisa y todavía contemplan a la escena humana con miradas perspicaces. Todavía son ágiles sus dedos en la máquina de escribir y hay frescura y fulgor en su mente.

Cuando uno de estos viejos reporteros dirige un diario sus columnas palpitan como las hojas de un árbol y circula por ellos una savia noticiera y lúcida.

Cuando un reportero lo ha sido una vez, no deja de serlo nunca. Así son todos.